

«CONOCERÉIS LA VERDAD Y LA VERDAD OS HARÁ LIBRES» (Jn 8,32)

Una historia que continúa

Saludo de Davide Proserpi*

Introducción

de Fabio Colombo

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8,32) - Una historia que [como podéis ver mirando a vuestra derecha e izquierda] continúa¹, también en el año de Gracia 2023. En primer lugar, quiero daros la bienvenida a cada uno de vosotros. Algunos están llegando ahora, ¡bienvenidos! Otros se han conectado en el autobús –imaginaos– porque se ha quedado bloqueado en un atasco y han tenido que organizar un *streaming* en directo, les enviamos un cariñoso saludo, tal vez esperaban que este Triduo fuera diferente y ahora se han quedado en el autobús, pero nos escuchan y han podido seguir el saludo de Davide. Pues bien, aquí estoy con Davide subido al “pedestal” por razones evidentes pero lo que de verdad desea mi corazón es bajar con vosotros y saludaros uno por uno, preguntarte cómo te llamas, si tienes hermanos, qué estudias, qué instrumento tocas, qué deporte practicas, cómo han ido las clases esta semana, cómo va el primer año o si ya intuyes lo que vas a elegir en la universidad, en definitiva, ¡conocerlos, conocerlos personalmente! En nombre de Davide, Francesco y Seve, quiero daros la bienvenida y abrazaros personalmente con esta introducción al gesto del Triduo que vamos a empezar a vivir juntos. No nos conocemos, pero nos precede una historia común y a través de esta historia, ¡Alguien nos ha con-vocado!² Todos esperábamos ansiosos poder participar en este Triduo, ¡os esperábamos tanto que para recibirlos hemos pedido a algunos que tocaran música en vivo mientras entrabais en el salón! Como una serenata apasionada, una pieza de música interpretada para ti, como un canto dedicado a alguien personalmente, que forma parte de este pueblo al que pertenecemos. Es asombroso veros aquí, un gran pueblo que viene de toda Italia, Su pueblo en el mundo, ¡pero no *del mundo*³! »

* [Saludo de Davide Proserpi en el Triduo pascual de Gioventù Studentesca durante el Jueves Santo \(6 de abril de 2023\).](#)

¹ Cf. «La verdad no se impone de otra manera, sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y fuertemente» (Concilio Vaticano II, Declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis Humanae*, 7 de diciembre de 1965).

² «Los que antes erais *no-pueblo*, ahora sois *pueblo de Dios*» (1Pe 2,10).

³ «La mundanidad es una cultura, una cultura de lo efímero, una cultura del aparentar, del maquillaje, una cultura “del hoy sí, mañana no; mañana sí y hoy no”. Tiene valores superficiales. Una cultura que no conoce la fidelidad, porque cambia según las circunstancias, todo lo regatea. Esa es la cultura mundana, la cultura de la mundanidad. Y Jesús insiste en defendernos de esto y reza para que el Padre nos defienda de esa cultura de la mundanidad. Es una cultura de usar y tirar, según lo que convenga. Una cultura sin fidelidad, sin raíces. Es un modo de vivir, un modo de vivir también de muchos que se llaman cristianos. Son cristianos pero son mundanos. Jesús, en la parábola de la semilla que cae en tierra, dice que las preocupaciones del mundo –es decir, la mundanidad– asfixian a la Palabra de Dios, no la dejan crecer (cf. Lc 8,7). Y Pablo a los Gálatas dice: “Erais esclavos del mundo, de la mundanidad” (cf. Gál 4,3). A mí siempre, siempre, me impresiona cuando leo las últimas páginas del libro del padre De Lubac sobre las meditaciones de la Iglesia (cf. Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 2008), las últimas tres páginas, donde habla precisamente de la mundanidad espiritual. Y dice que es el peor de los males que puede pasarle a la Iglesia; y no exagera, porque luego dice

» Toda la espera que hay en vuestro corazón, todas las preguntas que se han despertado en vuestra razón durante estos meses, abriéndose paso en vosotros como una exigencia inextirpable de comprender el significado de la vida –os doy ya las gracias por vuestras aportaciones, que han sido muchas y realmente profundas– pero sobre todo, con mayor razón, el deseo de toparos con una respuesta –que poco a poco, como un amanecer, os irá dando claridad hasta brillar como el sol de mediodía en verano– todo eso que os ha hecho pre-sentir, intuir una posibilidad, una promesa de bien, os ha hecho tomar una decisión para la existencia⁴, os ha hecho decidir tomaros en serio, no hacer trampas, ser leales con vosotros mismos y aceptar la invitación de apuntaros, subir al autobús, afrontar el viaje y destinar dinero, tiempo y energías para estar aquí ahora. Puede, en cambio, que haya sido solo por el deseo escondido de estar fuera de casa unos días con los amigos, ¡pero fijaos en que el buen Dios siempre actúa! Alguno, un poco triste, me decía: «don Fabio, he invitado a mis amigos pero han preferido hacer una barbacoa, así que este año se lo pierden», y eso nos duele de corazón. Esta simple invitación, esta tarjeta del Triduo que nos ha llegado por un amigo o por un adulto, es el inicio y la continuación de una *historia que continúa*, una historia que –como un gran árbol de olivo centenario como los de Tierra Santa que había en Getsemaní cuando Jesús se acercaba allí a rezar con sus amigos– hunde sus raíces hace 2023 años y de la que tú, al aceptar esta simple invitación, eres como la última rama, como el último brote, el último fruto, tal vez (¡como es natural!) un poco inmaduro aún, pero con todo el deseo de alcanzar la madurez, ¡la verdad de tu grandeza humana! Esta historia empezó con los dos primeros, Juan y Andrés –antes aún, con el “aquí estoy” de la Virgen María– y ha atravesado dos mil años, llegando hasta tus bisabuelos, luego a tus abuelos, a tus padres, a los adultos que están con los Bachilleres, llegando ahora hasta ti. En mi caso, reconocer que formaba parte de una historia más grande que el tiempo y que se prolonga en el tiempo fue algo que me pasó en la montaña, en Siusi, con la comunidad de bachilleres de Varese. Yo nunca había estado en Bachilleres (solo con el grupo anterior de los scout), pero ese año ciertas preguntas empezaron a abrirse paso en el horizonte [¿qué tiene que ver Jesús con mi vida?, ¿tiene que ver con mi novia?, ¿afecta a mi vida solo porque tengo que cumplir la tarea de los domingos?, ¿o es algo más? ¿Qué tiene que ver esta Verdad con mi estudio, qué tiene que ver con mis amigos? ¿Qué tiene que ver con el fútbol, con el tiempo libre, con la novia?] y acepté la invitación de algunos chicos y chicas que conocí y me fui con ellos a la montaña. En esa época iba a la parroquia y jugaba al fútbol, así que estaba acostumbrado a estar con sacerdotes y valoraba mucho que entregaran su vida gratuitamente, los admiraba de verdad... pero allí, en la montaña, conocí a uno un poco particular, que disfrutaba con gusto de la vida y tenía una profundidad en la mirada difícil de encontrar, se llamaba Fabio Baroncini y me impactó cómo sabía dar razones de la Esperanza con la que vivía, de su certeza granítica, un poco ruda y al mismo tiempo tan atenta y discreta. Yo no tenía la más remota idea de cuánta estima se había generado a su alrededor, no sabía muy bien quién era, que era uno de los mejores amigos de don Giussani; resumiendo, por abreviar, a don Fabio le encantaba la montaña y a mí también, así que durante una excursión notó enseguida que me desenvolvía con mucha soltura subiendo y bajando, dispuesto a socorrer a las chicas a las que »

algunos males que son terribles. Y este es el peor: la mundanidad espiritual. Pidamos al Espíritu Santo en estos últimos días, también en el novenario al Espíritu Santo, en los últimos días del tiempo pascual, la gracia de discernir qué es mundanidad y qué es Evangelio y no dejarnos engañar, porque el mundo nos odia, el mundo odió a Jesús y Jesús rezó para que el Padre nos defendiese del espíritu del mundo» (Francisco, *Homilía*, 16 de mayo de 2020).

⁴ «La existencia representa, ante todo, una decisión acerca de lo que debemos reconocer como fundamento nuestro: y esa decisión es un asunto que se nos replantea continuamente. Se trata de encontrar el *unum necessarium*, lo único necesario, es decir, aquello que reconozcamos como el significado de nosotros mismos y, por consiguiente, el fundamento de todo lo que hacemos», L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 113.

» les costaba subir, llevándoles la mochila como un “noble caballero”... y al volver, cuando todos habían terminado el camino, con grandes descensos y recovecos, don Fabio y otros dos adultos me invitaron a recorrer otro tramo que implicaba pasar por zonas de pared con una belleza asombrosa pero a veces bastante complicado. Mientras caminábamos, hablamos de las clases, del curso que iba a empezar, de lo que quería hacer en la universidad, pero no en abstracto, sino más bien proponiéndome estudiar todo, afrontar todas las asignaturas con mucha atención y en profundidad (puesto que a la selectividad había que ir con todas), de tal modo que pudiera ir viendo en los años sucesivos lo que prefería, como diciendo: tú come de todo, saborea bien todas las opciones y así verás concretamente qué es lo que más le gusta a tu paladar. Al acabar esos días, cuando iba a mandar una postal a casa, don Fabio quiso firmarla y escribió (porque había caído en la cuenta de quiénes eran mis padres): «una historia que continúa». En esa ocasión, por primera vez, tuve la intuición de una historia de bien gratuito que me precedía, una historia que primero alcanzó a don Gius, luego a don Fabio, después a mis padres y al final llegaba hasta mí, y quería empezar a formar parte de ella, descubrirla yo, jugar mis bazas personalmente... luego continuaría en el encuentro con la comunidad del CLU en la Universidad Estatal, con don Giorgio, don Pino y otros muchos, ¡hasta llegar a entrar en el seminario de Venegono!

Pues bien, no nos conocemos personalmente pero formamos parte de una historia, de un Cuerpo, de un Pueblo que camina en la historia, somos ya miembros los unos de los otros, somos miembros inseparables de un mismo cuerpo. Pero este Cuerpo, ¿qué tiene de distinto? ¿Qué rasgo distintivo anima a este pueblo? ¿Qué tiene de singular? ¿De único? No seríamos más que la suma de nuestras debilidades y voluntades o capacidades, seríamos como los discípulos atemorizados en el cenáculo hace dos mil años, después de que Jesús subiera al Cielo, si no fuera por el Espíritu Santo, Pneuma, Soplo vital: seríamos como ruedas desinfladas si no estuviera Él para “llenarnos”, para “inflarnos” de Vida divina. De hecho, don Gius nos enseñó a repetir incansablemente la jaculatoria *Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam*. Y en la oración eucarística, durante la santa misa, decimos: «Llenos del Espíritu Santo formamos un solo cuerpo». Por eso ahora nos ponemos en pie sin hacer ruido y cantamos, rezando humildemente, el *Desciende, Santo Espíritu*: «El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho»⁵.

¿Por qué rezamos cantando el *Desciende, Santo Espíritu*? Un amigo describe perfecta- »

⁵ Cf. «Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rom 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Co 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál 4,6; Rom 8,15-16 y 26). Guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1 Co 12,4; Gál 5,22). Con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (cf. Ap 22,17). Y así toda la Iglesia aparece como “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”» (Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 21 de noviembre de 1964, n. 4). «No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Solo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido» (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre de 1965, n. 3). «Lo que estaba prefigurado en el antiguo Templo está realizado, por el poder del Espíritu Santo, en la Iglesia: la Iglesia es la “casa de Dios”, el lugar de su presencia, donde podemos hallar y encontrar al Señor; la Iglesia es el Templo en el que habita el Espíritu Santo que la anima, la guía y la sostiene. Si nos preguntamos: ¿dónde podemos encontrar a Dios? ¿Dónde podemos entrar en comunión con Él a través de Cristo? ¿Dónde podemos encontrar la luz del Espíritu Santo que ilumine nuestra vida? La respuesta es: en el pueblo de Dios, entre nosotros, que somos Iglesia. Aquí encontraremos a Jesús, al Espíritu Santo y al Padre» (Francisco, *Audiencia*, 26 de junio de 2013).

» mente nuestra condición humana: «Sin embargo, a pesar de estos hechos que me decían que abandonara mi postura e intentara abrirme, abrazar el camino y volver a empezar, me resultaba imposible renegar de mi posición, era literalmente como empujar contra un límite estructural en mí, por lo que no cedía ni un milímetro»⁶. Hay como una extraña resistencia en nosotros, una soberbia orgullosa que se niega a ceder, o bien una debilidad, una sombra de escepticismo, de desconexión con uno mismo y con la realidad, la Iglesia nos enseña a llamarlo concupiscencia⁷. ¿Por qué? Pablo de Tarso, hebreo de nacimiento y ciudadano romano, primero perseguidor de aquella secta cristiana que se iba difundiendo y luego Su mayor testigo, indomable, se describía así a sí mismo, y con él a cualquiera de nosotros: «Pues sé que lo bueno no habita en mí [...] querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. [...] Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. [...] ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?»⁸.

A esta constatación de nuestra situación “interna” se añade luego otra consideración que brota de la observación de la realidad externa, del aire que sopla, de la mentalidad que respiramos, de los hechos recientes. De hecho, otro amigo escribe en la aportación que ha enviado: «Estos días he visto las noticias. Turquía, más de 43.000 muertos, muertos inocentes, niños recién nacidos, sin ninguna culpa, bajo los escombros de los edificios. Hace un año que estalló la guerra, chicos de mi edad obligados a combatir o a escapar. En 2020 el Covid, amigos y conocidos luchan contra enfermedades graves, mortales, y no tienen la culpa. [...] A veces estos pensamientos me animan a llevar una vida grande, otras veces me llevan a pensar que todo es casual y me dan ganas de tirar los remos»⁹. Pero una amiga decía durante la Escuela: «Somos números y no personas, somos marionetas en un sistema ajeno a nosotros, no solo en clase sino en la vida. El sistema nos lo inculca desde niños, tú vales la nota que sacas y tu madre solo te pide eso. Todo el sistema te evalúa por el trabajo que hace tu padre, el dinero que tienes, tus *like* en Insta. En la asamblea, los representantes de alumnos no hacen propuestas para el centro, sino para dejarse ver y tener más poder. Vamos en nuestra contra, unos contra otros. ¿Qué es lo que nos salva?». Esta mirada sobre nuestra debilidad, sobre esa fuerza que parece hacer que todo grave hacia abajo, está al acecho en las condiciones “internas y externas” del vivir con la sombra de la desilusión... En 1830 asomaba en el corazón y en la razón de Giacomo Leopardi esta poesía que despierta la pregunta de cualquiera de nosotros: «¿Qué haces, luna, en el cielo? Dime, ¿qué haces, silenciosa luna? Surges de noche y vas contemplando los desiertos, y luego te paras. ¿Aún no estás cansada de recorrer los caminos del cielo? [...] Cuando veo arder allá en el cielo las estrellas, pensativo me digo: ¿para qué tantas estrellas? ¿Qué hace el aire infinito, la profunda serenidad sin fin? ¿Qué »

⁶ Cf. «En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo» (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre de 1965, n. 10).

⁷ «Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al dominio de la muerte, e inclinada al pecado (inclinación llamada “concupiscencia”)» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 418).

⁸ Rom 7,18-19.21.24.

⁹ Cf. «Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella?» (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 10).

» significa esta inmensa soledad? ¿Y yo qué soy?»¹⁰. Retoma este mismo drama su poema *Sobre el retrato de una bella mujer*: «Naturaleza humana, si eres en cada cosa vil y frágil, si polvo y sombra eres, ¿cómo sientes tan alto?»¹¹. ¿Por qué deseamos tanto si somos tan frágiles?

Pues bien, han pasado cuatro años desde el último Triduo presencial aquí en Rímimi, han sido años en los que todos, de forma más o menos directa, hemos quedado muy –¡mucho!– marcados por ciertos hechos, años en los que nuestras vidas han sido tocadas por muchísimos hechos a nivel personal o social. Muy sencillamente, por ejemplo, coincidiendo con la pandemia, uno habría deseado ver a sus amigos y no podía, habría querido hacer unas vacaciones y tenía que hacerlo cumpliendo las restricciones de las llamadas “burbujas”, habría preferido quedar a estudiar con sus compañeros de clase y la única forma era por *Wapp*, *Meet* o *Zoom*... Estos últimos años –que coinciden precisamente con esos años en los que el yo empieza a soltar amarras, zarpar del puerto y aventurarse en la inmensidad del mar de la existencia, a hacerse preguntas más profundas, a indagar en la realidad– nos hemos visto inmersos, arrastrados por las páginas de una historia que ciertamente nos ha suscitado muchas preguntas que, si las dejamos pasar, podrían acabar degenerando en dudas y convertirse en objeciones o en una incertidumbre sistemática sobre la positividad de la realidad, sobre la bondad de Dios y el destino bueno que nos acompaña y nos espera. «¿No será todo en vano? ¿Pero qué clase de vida es esta?». Multitud de preguntas sobre la enfermedad y el sufrimiento de la vida, sobre las verdaderas capacidades “salvíficas” de la medicina y la ciencia, sobre la finalidad real del arte de gobernar la *res publica*, poco a poco –como motas de polvo que sin darnos cuenta se van depositando sobre los muebles– pueden haber cubierto nuestro corazón y nuestra razón con una especie de triste velo de resignación, pereza y apatía.

Don Giussani, justo aquí en Rímimi, en 1985, en una intervención histórica en el Meeting, citaba a Paul Teilhard de Chardin (un jesuita, filósofo y paleontólogo francés) diciendo que «el mayor peligro que puede temer la humanidad de hoy no es una catástrofe que le venga de fuera, una catástrofe cósmica, no es tampoco el hambre o la peste; es, por el contrario, esa enfermedad espiritual, la más terrible porque es la más directamente humana de las calamidades, que es la pérdida del gusto de vivir»¹².

En efecto, después de asistir a la mitad de las clases recostados en nuestra cama (con camiseta por arriba y pijama por abajo) y a la otra mitad en el aula, después de dos años de pandemia, con la guerra de Ucrania que parece no acabar y que está teniendo consecuencias económicas a escala mundial, con numerosas guerras esparcidas por el mundo con mucha menor resonancia¹³, en medio de nuestras historias personales y familiares –a veces muy dolorosas, como las que describís algunos en las contribuciones que habéis enviado– muchos de nosotros podrían firmar lo que expresa una chica que está aquí: «¿Entonces es todo mentira?! Después de las vacaciones perdí el interés por todo, ya no me preguntaba por qué hacer algo, no reconocía si era bueno o no... me encontraba en un estado de total indiferencia y me sentía sola. Para mí, la solución, casi inconscientemente, era evitar indagar, entender, porque era más difícil que sobrevivir sin más. Quedarme en la superficie, aparentemente, me permitía estar en mi zona de confort, a salvo, pero eso no me dejaba encontrar una correspondencia o compararme con lo que decían mis amigos, yendo hasta el fondo de »

¹⁰ G. Leopardi, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», vv. 1-6.84-89, en *Cantos seleccionados*, Encuentro, Madrid 2016, p. 109.

¹¹ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», vv. 49-51, en *Ibidem*, p. 145.

¹² Cf. P. Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid 1965, p. 279.

¹³ Cf. «Llevo tiempo diciendo que estamos viviendo una tercera guerra mundial a trozos. La de Ucrania nos despierta un poco porque está cerca, pero Siria lleva 13 años en una guerra terrible. ¿Y Yemen cuánto? Myanmar, toda África. El mundo está en guerra. Causa mucho sufrimiento, mucho» (Francisco, «La Navidad que me gustaría», entrevista exclusiva a la TV italiana de *Canale5*, 18 de diciembre de 2022).

» este mar que es la vida. Pero viviendo así, “llega un punto en que la vida consiste en quedarse pegado a las cosas que no van” (Ernia, *Algo que falta*, 2022, ©Island Records). Solo miraba lo que no iba bien. Por ejemplo, algo que me costaba y me está costando muchísimo desde enero es estudiar. No me interesa lo que explican los profesores y no sé por qué voy a clase. Lo que sé es que hago una hora de viaje todas las mañanas sin saber el motivo. Eso es lo que más me cuesta y donde estoy más atascada: no saber por qué hago las cosas. Las hago sin más. Pero siento que vivir así no me corresponde. El rapero Ernia acaba diciendo: “lo que me falta es lo del medio, o no llega nunca o llega demasiado pronto, ¿qué es lo que no funciona en mí? No es el *cash* ni los *cartier*. Busco algo grande, que dure”. Todo se me escapa y nada dura. Pero entonces, en mi vida, ¿existe algo grande que dure? Y si existe, ¿cómo puedo pegarme a eso?».

«Mi juventud tan solo fue una oscura tormenta, atravesada a trechos por soles esplendentes; los rayos y la lluvia hicieron tal estrago que en mi jardín apenas quedan frutos bermejos. Ahora veo que he alcanzado el otoño de las ideas, y que debo emplear la pala y el rastrillo para recomponer las tierras inundadas donde el agua abre hoyos tan grandes como tumbas. ¿Y quién sabe si las flores nuevas que sueño encontrarán en ese suelo arrasado como un arenal el místico alimento que les daría vigor? – ¡Oh dolor! ¡Oh dolor! ¡El Tiempo come vida, y el oscuro Enemigo que nos roe el corazón crece y se fortalece con la sangre que perdemos!»¹⁴.

O en la poesía de André Gide: «Deseo, te he arrastrado por las calles, te he dilapidado en los campos, te he emborrachado en la ciudad, te he emborrachado sin quitarte la sed, te he bañado en las noches de luna llena, te he llevado por doquier, te he mecido sobre las olas, quise adormecerte sobre las olas del mar. Deseo, deseo, ¿qué puedo hacer contigo? ¿Qué quieres, pues? ¿Cuándo te cansarás?»¹⁵. O este otro famoso poema de Reborá: «Cualquier cosa que digas o hagas / tiene un grito dentro: / ¡No es por esto, no es por esto! // Y así todo envía / a una secreta pregunta: / El acto es un pretexto. // [...] En la inminencia de Dios / la vida se abalanza / sobre las reservas caducas / mientras cada uno se aferra / a su bien que le grita: ¡adiós!»¹⁶.

Entonces, en definitiva, ¿solo somos la suma de nuestras particularidades aquí, esta noche, o hay más, esta historia de la que formamos parte es solo la suma de nuestras amistades familiares porque hemos nacido en Italia y por tanto somos de tradición católica? ¿Qué me liberará? ¿Me pasará la única vida que tengo resignándome, siendo tan solo la pieza de un engranaje que ni siquiera soy capaz de describir? ¿Hay algo grande que dure o no? ¿Qué puede abrazar y vencer mi límite estructural, qué puede vencer mi escepticismo, sacarme del pragmatismo y curar las heridas que el dolor de la vida podría haber causado?¹⁷ ¿Existe ese alimento místico del que sacar fuerzas? ¿Y qué quiere decir que Cristo es la respuesta? ¿No es un poco abstracto? ¿No será acaso una idea? ¿Un consuelo piadoso? ¿Un autoconvencimiento? ¿Esperamos pues a que el deseo se acabe, antes o después? ¿Pero por qué –decía uno de vosotros– he nacido en este preciso momento histórico? »

¹⁴ C. Baudelaire, *El enemigo*, en *Las flores del mal*, Madrid, Cátedra, 2006.

¹⁵ A. Gide, *Los alimentos terrenales*, Alianza, Madrid 2015.

¹⁶ C. Reborá, «Sacos de tierra en los ojos», en L. Giussani, *Mis lecturas*, Encuentro, Madrid 2020, p. 60.

¹⁷ Cf. «En los jóvenes también están los golpes, los fracasos, los recuerdos tristes clavados en el alma. Muchas veces “son las heridas de las derrotas de la propia historia, de los deseos frustrados, de las discriminaciones e injusticias sufridas, del no haberse sentido amados o reconocidos”. Además “están las heridas morales, el peso de los propios errores, los sentimientos de culpa por haberse equivocado”. Jesús se hace presente en esas cruces de los jóvenes, para ofrecerles su amistad, su alivio, su compañía sanadora, y la Iglesia quiere ser su instrumento en este camino hacia la restauración interior y la paz del corazón» (Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal *Christus Vivit a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios*, n. 83; cf. Carta *Iuvenescit Ecclesia*, a los obispos de la Iglesia católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia, 15 de mayo de 2016).

» Cualquiera de nosotros podría tener la tentación de decir: «“Espero que no suceda en mi época”, dijo Frodo. “También yo lo espero”, dijo Gandalf, “lo mismo que todos los que viven en este tiempo. Pero no depende de nosotros. Todo lo que podemos decidir es qué haremos con el tiempo que nos dieron”»¹⁸. «“Te conviene tomar otro camino”, dijo al verme llorar, “si quieres huir de este lugar salvaje”», dice Virgilio a Dante en el Primer Canto del *Infierno* (vv. 91-93). Si las intrincadas calles que ya hemos recorrido con nuestros pensamientos, estrategias y esfuerzos ya nos han dejado exhaustos¹⁹, si nuestras huidas y anestias (¡todo lo que nos hace huir del impacto de la realidad!) no han logrado el resultado esperado de hacer estallar, de dar cumplimiento a ese deseo inextirpable de vida, de verdad, de felicidad que habita en nosotros, tal vez conviene entonces recorrer con decisión y con más convicción otro camino, hay que decidir disponer de nuestro tiempo de otra manera: buscando un lugar, una casa no construida por manos humanas sino edificada por el mismo Dios. «Él no perdió su tiempo en lamentarse de la maldad de los tiempos. Simplemente, cortó por lo sano. Hizo el cristianismo»²⁰. El cristianismo no es una religión, sino justo lo contrario, no es una escalera construida por manos humanas para subir al cielo, ¡es el Cielo que baja a la tierra!

Escuchad al autor de la carta a los Hebreos, qué admirable resumen de la historia de la salvación que culmina con el nacimiento de la Iglesia. «En cambio, Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tienda es más grande y más perfecta: no hecha por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No lleva sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerra, santifican con su aspersion a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo!». Él ha construido la tienda, la Iglesia, el lugar, la casa, el cuerpo, el pueblo (¡el *pueblo*, como dicen en Cremona!), Él lo ha edificado, pagándolo caro, sacrificándose por nosotros, como contemplaremos mañana en el *Via Crucis*. Él nos lava los pies, como veremos dentro de poco durante la misa de la Cena del Señor. Dios está vivo y actúa en la historia, ¡la cruz de Cristo es ese árbol de la Vida en que nos apoyamos! Esta tienda (el tabernáculo) no construida por nosotros, esa escalera no construida por nosotros, sino que se nos lanza desde el Cielo. «No es a fuerza de escrúpulos como el hombre se hace grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como una bella jornada»²¹. No podemos hacer nada. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada»²². Nuestro esfuerzo, nuestro celo se rompe —y lo podría seguir haciendo toda la vida, como un hámster que corre continuamente en su rueda pensando que está haciendo kilómetros, con todo su afán, y sin embargo no se mueve ni un milímetro— contra la roca de nuestro ser criaturas con un deseo infinito pero con una capacidad limitada; nuestro empeño, por noble que sea, es impotente, no nos bastamos a nosotros mismos, podemos entrenar todo lo que queramos... ¡pero la libertad humana está llamada a insertarse y colaborar con la Gracia divina!²³ No nos movemos por obligación, »

¹⁸ J.R.R. Tolkien, *El señor de los anillos*, Minotauro, Barcelona 1991, p. 73.

¹⁹ Cf. «Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que “todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios” (Rom 9,16) y que “él nos amó primero” (1 Jn 4,19)» (Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo, n. 48).

²⁰ Cf. Ch. Péguy, «Dialogo della storia con l'anima carnale (o Véronique)», en *Lui è qui*, Bur, Milán 2009, p. 110.

²¹ Cf. A. Camus, *Carnets (1951-1959)*, Alianza, Madrid 1996.

²² Jn 15,5.

²³ Cf. «[...] no solo quedamos reputados justos, sino que con verdad se nos llama así, y lo somos, participando

» sino por amor a nosotros mismos que es hijo de un juicio de la razón y de una continua oración dirigida a Dios y a la compañía histórica en la que Él se hace presente, que es su Cuerpo. Somos generados en la Trinidad y por ella somos implicados en un “hacer” más grande que nosotros mismos, en una potencia salvífica que “rebose” *ad extra* del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. «Ahora, el Espíritu Santo regresa de nuevo, alumbrando la Iglesia, el cuerpo de Cristo, al tiempo de la historia. Es la imagen opuesta a Babel [**esa babel de confusión que hay dentro y fuera de nosotros!**]. Es la otra, la nueva sociedad, la que ahora construye el Señor mediante la fuerza del Espíritu Santo, mediante esa llama divina, a partir del corazón de las personas»²⁴. Esta nueva creación no construida por manos humanas dio comienzo con la encarnación de Dios y permanece como un hecho cuyo asombro se renueva cada Navidad y cada vez que vuelve a nuestra memoria. «Cuando volvieron a empezar las clases yo iba a tope, y todavía lo estoy, pero no a tope de entusiasmo como si pudiera pulsar un botón en mi cabeza para estar contento, sino a tope porque sé dónde tengo que ir para mirar a personas o momentos de personas que me hagan reconocer estas cosas. Aunque a veces me duerma en clase, quiero vivir las clases a diario, el fútbol por la tarde, y todo con esta conciencia. La Navidad [**esa tienda donde Dios se encuentra con los hombres existe**] ha sucedido y nadie nos la puede quitar, ha llegado Alguien que nos ha prometido que seremos felices. En el Triduo quiero revivir esto y entenderlo mejor», escribe otro chico.

«Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita. He nacido y siento que me devanezo. Como, duermo, descanso y camino, enfermo y me curo, me asaltan innumerables anhelos y tormentos, gozo del sol y de cuanto en la tierra fructifica. Luego muero y mi carne se convierte en polvo como la de los animales que no tienen pecado. ¿Pero qué tengo yo más que ellos? Nada sino Dios. Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita»²⁵. Don Gius decía: «Yo tengo simplemente este *sí* [a Cristo]»²⁶. De lo contrario, poco a poco, volvemos a vivir igual que mi gato –Birba– que nace, come, crece, se reproduce y muere. Pura existencia instintivo-biológica propia de seres vivos no humanos.

Entonces tenemos que empezar a utilizar a fondo nuestro cerebro, empezar a juzgar, ayudarnos como amigos a dar un juicio para darnos cuenta de nuestra fragilidad y debilidad, reconociéndolas no como arenas movedizas donde, tarde o temprano, estamos destinados a hundirnos o como un “defecto de fábrica” que nos hace protestar hasta el infinito contra quién sabe, sino dando un juicio definitivo, con un acto de la razón que reconoce un dato de la realidad, de la realidad que yo soy, de mí mismo, que puedo acoger y que no documenta más que un punto de partida que se proyecta hacia un “por tanto” que va marcando los pasos del camino. «Pero Fabietto», me decía don Giorgio [Pontiggia]: «¿qué novedad hay en que la debilidad sea débil!?!». La cuestión es si hay Alguien capaz de sacarme de ahí, de sanar esa debilidad, ¿una medicina y un médico más fuerte que mis heridas!²⁷ Esta es la primera evi- »

cada uno de nosotros de la santidad según la medida que le reparte el Espíritu Santo, como quiere, y según la propia disposición y cooperación de cada uno. Pues aunque nadie se puede justificar, sino aquel a quien se comunican los méritos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo; esto, no obstante, se logra en la justificación del pecador, cuando por el mérito de la misma santísima pasión se difunde el amor de Dios por medio del Espíritu Santo en los corazones de los que se justifican, y queda inherente en ellos. Resulta de aquí que en la misma justificación, además de la remisión de los pecados, se difunden al mismo tiempo en el hombre por Jesucristo, con quien se une, la fe, la esperanza y la caridad» (Concilio de Trento, Sesión VI, *Decreto sobre la justificación*, 13 de enero de 1547, Capítulo VII).

²⁴ J. Ratzinger, *Dios y el mundo*, Random House Mondadori, Barcelona, 2005, p. 331.

²⁵ Cf. san Gregorio Nacianceno, «Carmina» II/I, poema LXXIV, vv. 4-12, en *Patrologia Graeca*, XXXVII, París 1862, col. 1421-1422.

²⁶ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 222.

²⁷ Cf. «Te has inclinado sobre nuestras heridas y nos has curado, dándonos una medicina más fuerte que nuestras llagas, una misericordia más grande que nuestras culpas. Así también el pecado, en virtud de Tu amor invencible, ha servido para elevarnos a la vida divina. Con sorprendente abundancia, infundes en nuestros corazones el Espíritu Santo» (*Prefacio del XVI domingo del año en el rito ambrosiano*).

» dencia: yo no me hago a mí mismo. A nadie le preguntaron antes de salir del seno materno, hemos sido llamados a la existencia, nuestros padres han sido la forma visible de un Amor eterno. Dar un juicio es un acto de la razón que reconoce, ¡certifica definitivamente algo que existe! Don Giorgio me contaba que en sus almuerzos con don Gius siempre le decía que el hombre no es “solo el hombre” sino “el hombre + Cristo por medio del Espíritu Santo”. Para ser hombre, para ser verdaderamente él mismo, el hombre necesita a Cristo. El gran retórico romano Mario Vittorino, anunciando públicamente su conversión, decía: «Cuando conocí a Cristo, me descubrí hombre»²⁸. Aquel que tiene la fuerza de obrar nuestra transformación (divinización y humanización coinciden), el milagro de nuestro cambio, que “bombee” en nosotros la Vida divina, es el Espíritu Santo: debéis saber que el feto, el niño, cuando es pequeño en el vientre materno, se alimenta y mantiene con vida por el cordón umbilical, que le traspa los nutrientes que le permiten desarrollarse, porque el niño no podría auto-generarse solo, todo lo recibe de su madre. Pues bien, el Espíritu Santo es, por analogía, el don que Dios Padre concede a todos sus hijos adoptivos para generarnos, para mantenernos con vida, incluso ahora. ¿Qué hace el niño en el vientre materno? Nada, recibe, flota en el líquido amniótico y no interrumpe el flujo, acoge lo que se le da por el cordón umbilical... (¡pero qué liberador es ya eso!). Yo no tengo que agitarme, solo permanecer pegado a Aquel que me crea continuamente, permanecer en la compañía de la Iglesia que Él ha generado, Él «lava lo que está sucio en nosotros, baña lo que está árido, tiene el poder de sanar lo que está herido, hace flexible y dúctil lo que está rígido, caldea lo que se ha enfriado, endereza lo que se ha torcido»²⁹. A Él y a los amigos de este pueblo les podemos pedir: «Ayúdame, crea, ayúdame a convertir y crear en mí un corazón puro, hazme crecer, ayudémonos a crecer juntos, dame el gusto del conocimiento y del descubrimiento en el estudio, descubrámoslo juntos, hazme aprender a amar a los demás como ama Cristo, a amarme con los ojos de Cristo. A amar a mis enemigos, a servirlos, a vivir las obras de misericordia corporales y espirituales, a ser Tu testigo en el mundo».

Nos acercamos a la conclusión de esta introducción:

Para cada uno de nosotros, para nuestras familias, para los amigos que nos han propuesto estar aquí, ¿qué cara, qué rostro particular, qué acento asume esa tienda no construida por manos humanas, la Iglesia, el cristianismo? ¿A través de quién lo hemos encontrado? Para algunos, ha sido a través de la parroquia³⁰, para otros mediante otra realidad eclesial o una congregación religiosa, pero para los que estamos participando en este Triduo, ¿con qué carisma?³¹ »

²⁸ Cf. Mario Vittorino, *Epistola ad Ephesios*, en *Marii Victorini Opera exegetica*, libro II, cap. 4, v. 14. Cf. «En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 22).

²⁹ Secuencia al Espíritu Santo.

³⁰ Cf. «La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero» (Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 28).

³¹ Cf. «Las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que

» Escuchemos el vivo recuerdo de don Giussani:

«Lo recuerdo como si fuera hoy: liceo clásico Berchet, nueve de la mañana, primer día de clase, octubre de 1954. Recuerdo el sentimiento que tenía mientras subía los pocos escalones que hay a la entrada del liceo: era un entusiasmo ingenuo, un atrevimiento [...]. Me veo en ese momento, con el corazón totalmente lleno del pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre, es el corazón de la vida del hombre: esos jóvenes tenían que empezar a oír y a aprender este anuncio para su felicidad. [...] Digo estas cosas porque constituyen el único motivo, la única finalidad y la única raíz de la que surgió nuestro movimiento»³². «El comienzo de todo lo que ha nacido [...] estuvo en el deseo de que la gente entendiera. ¿Entender qué? ¿Mi opinión? ¿Lo que dice mi partido? ¡No! Que la gente entienda aquello para lo que está hecho su corazón; que la gente entienda un poco mejor el Destino para el que está hecha»³³. «Es la fe auténtica, o la autenticidad de la fe, lo que nosotros buscamos. No buscamos otra cosa»³⁴. «Estamos preparados para hablar con todo el mundo, para ir a cualquier lugar del mundo, pero necesitamos una casa, necesitamos un lugar en donde la compañía sea positiva, en donde las palabras tengan un sentido y las intenciones tengan un sentido, el pan sea pan y el agua sea agua»³⁵.

He ahí el porqué de la frase de Jesús que se presenta como una clave sintética de este Triduo «“Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn 8,32) – Una historia que continúa», porque la Verdad, Jesucristo encarnado, crucificado y resucitado, es el «Autor y perfeccionador»³⁶ de esa fe auténtica de la que hablaba don Gius, en la que fijamos nuestra mirada, donde se aprende a llamar al pan, pan y al vino se le reconoce como vino; más aún, se lo reconoce como Cuerpo y Sangre de Cristo, ¡como sucederá dentro de un rato en la santa misa!

Después de leer vuestras contribuciones salta a la vista vuestra exigencia de alcanzar la certeza de la verdad, ¡sobre la que poder apoyar los cimientos de la casa que es vuestra propia vida! Porque sin certezas, si uno no se apoya en la verdad, ¿cómo vamos a construir? De hecho, Jesús habla de una casa apoyada sobre Roca. Aunque llueva, ¡la casa no se cae! Por eso hay menos iniciativa, menos atrevimiento, porque los cimientos son frágiles, y lo que se intenta construir sobre arena, ¡se cae! ¿Quién de vosotros ha invitado a venir a un compañero de clase, del fútbol, de danza, o a un amigo del barrio? ¡Falta la certeza de la verdad de lo que hemos encontrado, de algo que nos conviene en la vida! Hoy ponéis los cimientos. El futuro se construye ahora, en el presente. No posponiendo las cosas porque todavía soy joven... «¡mañana! ¡Luego veo! ¡Ya veremos! Bueno, sí, pero... quién sabe... ¡veremos!».

Me escribe un bachiller: «Estos meses, desde las vacaciones de verano, he conocido a muchos amigos nuevos que han llenado mi vida, haciéndome feliz y agradecido por levantarme todas las mañanas y amar al prójimo. Voy al Triduo, por varios motivos pero sobre todo por mí, con una gran pregunta: “¿Cómo no perderme en la rutina y vivir la vida con »

renuevan a la Iglesia. Pero es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. Esta integración evitará que se queden solo con una parte del Evangelio y de la Iglesia, o que se conviertan en nómadas sin raíces» (Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 29).

³² L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, a cargo de Carmine Di Martino, EDIT, Il Sabato, Roma 1993, pp. 336, 338.

³³ L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 56-57.

³⁴ «Introducción de Luigi Giussani en los Ejercicios espirituales del Centro cultural C. Péguy, (Varigotti, 1 de noviembre de 1968)», en J. Carrón, «¡Vivo quiere decir presente!», supl. a *Huellas*, n. 9/2018, p. 4.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ «En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios» (Carta a los Hebreos 12, 1-2).

» verdad?»». «Hola, el título del Triduo es “La verdad os hará libres”. Es más fácil decirlo que hacerlo. Durante este curso me he preguntado mucho qué significa realmente ser libres. Todo empezó con una canción de los *Pinguini Tattici nucleari* (grupo musical italiano, ndt.) que dice: “Porque la gran libertad es la que te tiene encadenado, la que no te deja irte”. No lo entendía. Siempre había pensado que la libertad era no tener vínculos ni ataduras». Otro bachiller responde: «Tenemos algo grande entre manos pero no estamos dispuestos a usarlo, o al menos intentarlo. Si el grupo de Bachilleres solo se convierte en un lugar donde poder compartir dudas, preguntas, dificultades o incluso nuevos descubrimientos, entonces da igual. Si ni siquiera cantamos “ya no temo porque tengo una certeza en el corazón, y esa certeza está aquí conmigo”, preguntas sin respuestas vivas, entonces es mejor ser como algunos de nuestros compañeros de clase, dichosos en su ignorancia por no tener preguntas que afrontar buscando respuestas».

Entonces, estamos aquí porque todos nosotros queremos conocer la verdad, comprender por qué vivir, por qué morir, nadie puede vivir sin buscar su destino. «He tratado a muchos que quisieran engañar a otros, a ninguno he visto que deseara ser engañado»³⁷. «*Gere curam mei finis*» [cuidad de mi destino, de todo mi ser, hasta el fin], escucharemos mañana en el *Dies Irae*, atribuido a Tomás de Celano. Estamos aquí para tomar en serio ese deseo de verdad, esa exigencia de felicidad y significado de la vida, sobre todo estamos aquí porque Alguien se ha hecho cargo de nuestro destino, no se ha quedado en el cielo mirándonos desde las alturas, y alguien –don Gius– ha sido para nosotros vehículo de ese otro Alguien. Por tanto, la partida se juega a este nivel, es decir, nuestra partida personal se juega delante del Destino, delante de Dios, respondiendo y viviendo la única vida que tenemos con disponibilidad. La grandeza de este lugar consiste en gritar que la respuesta existe. Hay Alguien con mayúscula que se ha hecho cargo de nuestro destino a través de alguien con minúscula (don Gius).

«La libertad no se demuestra tanto en el momento llamativo de la elección; la libertad se pone en juego más bien en el primer y sutilísimo amanecer del impacto de la conciencia humana con el mundo»³⁸. ¡Nuestra libertad se juega en el instante presente! Por tanto, para concluir, sugiero algunas indicaciones para ayudarnos estos días a vivir juntos este gesto:

1. En primer lugar, destaco una actitud de fondo que debemos pedir esta noche durante la santa misa, y durante el trayecto en autobús en silencio, y también después cuando nos vayamos a la cama antes de dormir, y mañana nada más abrir los ojos, para recuperarla siempre, de modo que la postura de nuestra libertad nos disponga a la escucha, se deje educar, sea dócil y disponible para seguir; en una palabra, esta noche podríamos reclamarnos a una actitud de *humildad*, mirando a la beata y siempre Virgen María –¡una chavala de Nazaret de 15-16 años, como vosotros!– pidiéndole a Ella tener un corazón humilde y atento como el suyo: «Ha mirado la humillación de su esclava; el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; dispersa a los soberbios de corazón y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos», rezamos todos los días en el *Magnificat*. Pidamos un corazón humilde, *humus*, tierra, por tanto *humilis*, *humilde* es aquel que es como la tierra, no impermeable sino dispuesta a acoger la semilla, a acogerla en su interior y custodiarla para que dé fruto y florezca. Ella también tendría sus proyectos, sus deseos, pero en último término estaba disponible para aceptar un designio más grande... también nosotros, desde esta noche deponemos nuestras armas, ¡nos rendimos, deponemos las armas de la soberbia y el orgullo!

2. La segunda invitación a la oración va estrechamente ligada a la humildad, que es amor a la Verdad más que a nuestras ideas, prejuicios o miedos. Pidamos estos días aprender a »

³⁷ San Agustín, *Confesiones* 10,23,33.

³⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 198.

» no ser superficiales, a anteponer el amor a la Verdad sobre nuestras opiniones, estados de ánimo, sensaciones, tópicos y modas... «*Amicus Plato, sed magis amica Veritas*», «*Socrates quidam parum curandus, et veritas plurimum*» (Hay que dedicarse un poco a Sócrates, pero mucho más a la verdad). No hay que quedarse en aspectos secundarios, los ojos lúcidos y penetrantes van mucho más allá de las banalidades, van a la sustancia... es miope decir: «eso de allí es aburrido, pero esto en cambio es divertido», uno puede resultar poco atractivo en su exposición pero sugerir un contenido muy profundo... y otro puede ser simpatiquísimo y super divertido pero quizá no tiene nada más que ofrecer. Quedaos con lo que vale, *panta dokimazete, to kalon katechete* (Primera carta a los Tesalonicenses 5,21).

3. La tercera –muy importante– se refiere a la condición *sine qua non*, sin la cual difícilmente podrá suceder algo: el silencio. En medio del ruido, del jaleo, de las voces y por tanto en medio de la distracción, distraídos en nosotros mismos o en los demás, somos fugitivos de nuestro corazón porque dejamos llevar nuestros pensamientos a los resultados de la Champions, al amigo, al teléfono, a la chica que nos gusta que nos tiene en vilo porque estamos esperando su respuesta, o al claro de luna que queremos contemplar esta noche en el mar, y así vamos acumulando pensamientos, ¿y cómo voy a abrir mis ojos de par en par ante lo que ha sucedido, cómo voy a abrir mis oídos para escuchar los cantos y disfrutar del texto y las meditaciones del *via crucis*? Pero no solo eso. El silencio, más profundo aún, es respetar el misterio que es el otro, en el momento de su vida en que se encuentra y que nosotros no conocemos hasta el fondo, pues quién sabe por lo que estará pasando. Debemos empezar a mendigar de Dios esta mirada a partir de esta noche: mi amigo, mi amiga, el que tengo al lado, ¿quién es? Un hombre, una mujer, que vive en diálogo, en relación con el Misterio. Por eso lo respeto más, lo amo más, lo afirmo más, afirmo más su bien, soy más amigo suyo si en estos tres días, cuando entramos y salimos del salón, cuando vamos en el autobús, cuando entramos en el hotel, yo, siendo consciente de esto, freno mi instintividad y respeto su diálogo con el buen Dios. Tal vez le ha impactado una frase y está pensando en ella, así que ayudémonos a custodiarnos mutuamente estos días y no desperdiciar la iniciativa que el Misterio ha tomado con cada uno de nosotros. Luego, en la comida del sábado, podremos despedirnos, contarnos, hacernos *selfies*, pero hasta que termine la meditación del sábado ayudémonos unos a otros a vivir el Triduo en silencio. Conserva el silencio y el silencio te conservará a ti, conserva el orden y el orden te conservará a ti. Nota a pie de página sobre el silencio: tenemos un instrumento, el cuaderno, acompañado de una *Antología de citas escogidas* para vosotros que abarcan prácticamente dos mil años de historia, de la que formamos parte, con las intuiciones, descubrimientos y conquistas de los que nos han precedido, para que la tradición viva de la Iglesia pueda iluminarnos, a nosotros que somos los últimos en llegar, como niños llevados a hombres de gigantes. Por tanto, también podéis aprovechar esta oportunidad durante el silencio, mientras escucháis la música clásica a la entrada o mientras vais en el autobús, o bien podéis retomar los apuntes, tenéis mucho material para elegir. No se trata de hacer deberes sino de saborear lo que ha sucedido, degustar frases que nos alimentan, ¡sin indigestarnos! *Ad modum recipientis* [según la naturaleza de quien lo recibe]. No seáis ansiosos por entenderlo todo, preocupaos más bien por deteneros y profundizar en lo que os haya impactado. Ahí es donde el Señor te llama, te educa y entabla Su diálogo contigo.

4. Por último, tened presente que *Militia est vita hominis super terram* [Job 7,1], hay que combatir una batalla, en primer lugar en los recovecos de nuestro ser; el campo no es neutral, no solo estáis tú y el buen Dios, sino también el enemigo, que intentará jugar todas sus cartas y tentarte; así que *estote parati* [¡estad preparados!] y no abráis esa puerta. A propósito de esto os ofrezco un criterio sano y antiguo, como toda la teología espiritual: todo lo que os mueve y os hace tender hacia vuestra maduración y santidad es un soplo que procede del »

» Espíritu Santo hacia las velas de vuestra libertad para llevaros a la conversión. Todo lo que os haga quedaros anclados en vosotros mismos proviene del enemigo del género humano que os hace estancaros, que os hace arriar velas y ceder a la tentación de decir: «estoy bien como estoy... no tengo que cambiar nada»³⁹.

Bien, ¡acabo! Para hacer evidente lo que os proponía con estas indicaciones, quiero compartir con vosotros un fragmento de la carta de un amigo ya mayor, tiene más de treinta años, casi han pasado veinte desde su primer Triduo:

«Querido amigo, intento escribir algo de manera un poco más “ordenada”. Como ya te contaba por teléfono, para mí el Triduo con don Giorgio siempre fue un momento extremadamente significativo. Recuerdo que lo vivía con gran intensidad, lo que te hacía volver cargado de nostalgia: “¡Ojalá viviera así todos los días!”. Una postura que, si la miro ahora, tiene aspectos parciales, pero me parece algo genuino y el síntoma de haber experimentado la grandeza.

En mi primer año de liceo yo quería separarme de la Iglesia y de todo lo que mis padres me habían transmitido porque solo me parecía un montón de retórica y su propuesta me resultaba un peso que complicaba la vida. Tommy me invitó el primer día de clase al grupo de Bachilleres; por ser la primera vez me fie, y así empecé a ir. Al principio solo porque me caían bien y eran una cara conocida dentro del colegio, donde me sentía un poco perdido. Pero seguía siendo reacio ante la propuesta. El primer impacto fue ver a don Giorgio al principio. Cuando fui a mi primer Triduo pascual ya seguía cordialmente todas las propuestas de Bachilleres, estaba muy implicado con esa amistad y por primera vez encontraba interlocutores para mis preguntas sobre la fe y la vida. Pero seguía siendo un chaval de 14 años al que le gustaba incordiar un poco. Digo esto porque lo primero que me impactó en aquel Triduo fue el silencio al entrar. Recuerdo nítidamente el momento en que pasé del exterior del edificio al interior y la impresión que me causó: la impresión de estar delante de algo grande».

Por otra parte, una de vosotros escribía esto poco antes de que llegaran estos días:

«¿Por qué arriesgar? Si he decidido ir al Triduo, a pesar de mis dificultades, es porque soy consciente de cómo estoy hecha y sé que las relaciones pueden ir bien o mal, así que lo he dejado todo a un lado para arriesgar todo lo que hay en juego. Si puedo arriesgar es por algo grande, porque sé que de esta experiencia me puedo llevar algo a casa, aunque sea mi primer Triduo, arriesgo por la sorpresa de ver qué saldrá de aquí. Solo ahora que lo escribo me doy cuenta de lo que significa para mí arriesgar: ¡lanzarse dentro de algo a corazón abierto por la SORPRESA y el ASOMBRO de lo que saldrá después de haber arriesgado!».

Por tanto, acabo de verdad citando a Claudio Chieffo y Adriana Mascagni en esta introducción a estos tres días juntos, diciendo: «No tengas miedo, hijito mío, aunque el que te llevará allí es el camino más duro; abandona el sendero, ve a través de los campos [...] y no te confundas, [...] no te rindas ante la oscuridad que devora las cosas, [...] y no temas porque hay Alguien contigo [...] que no te dejará nunca»⁴⁰, ¡«nuestra voz canta con un porqué»!⁴¹

³⁹ «El Tentador, aprovechando la fragilidad y las necesidades humanas, insinúa su voz engañosa, alternativa a la de Dios, una voz alternativa que te muestra otro camino, un camino de engaños. El Tentador seduce. Debemos ser conscientes de la presencia de este enemigo astuto, interesado en nuestra condena eterna, en nuestro fracaso, y prepararnos para defendernos de él y combatirlo. La gracia de Dios nos asegura, mediante la fe, la oración y la penitencia, la victoria sobre el enemigo» (Francisco, *Angelus en la plaza de San Pedro*, 21 de febrero de 2021).

⁴⁰ C. Chieffo, «Favola», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, pp. 330-331.

⁴¹ M. Campi, A. Mascagni, «Povera voce», en *Cancionero*, op. cit., p. 362.